

ALFONSO  
LÓPEZ GRADOLÍ  
FRÁGIL E  
INCIERTO  
OFICIO





## FRÁGIL E INCIERTO OFICIO



Alfonso López Gradolí

# FRÁGIL E INCIERTO OFICIO



ARS  POETICA



Alfonso López Gradolí

FRÁGIL E  
INCIERTO OFICIO

colección

| BEATUS ILLE |

ARS  POETICA  
*boutique de poesía*

*Frágil e incierto oficio*  
Alfonso López Gradolí

Colección: BEATUS ILLE  
Dirección editorial: ILIA GALÁN

© 2017 Alfonso López Gradolí  
© 2017 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.  
[Sociedad editora]  
Mieres de Limanes, 17  
33199 Siero - Asturias (ESPAÑA)  
Tel. administración: (+34) 985 792 892  
Tel. pedidos: (+34) 984 044 471  
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: febrero, 2017

ISBN (edición impresa): 978-84-946787-0-7  
ISBN (edición digital): 978-84-946787-1-4  
Depósito Legal: AS 00339-2017

Impreso en España  
Impreso por Ulzama

*Todos los derechos reservados.*

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*



«[...] pues creo que merece la pena que todos los que nos dedicamos a este frágil e incierto oficio.»

Definición del oficio de poeta en una carta personal de Luciano Fera (noviembre 1994).



## UNAS PALABRAS PRELIMINARES

*Frágil e incierto oficio* es el título de un conjunto de los poemas que he escrito en los últimos años, desde 2009, fecha de mi último libro *Las profundas aguas*, editado por Calambur, hasta ahora.

Todos estos poemas han sido retocados y modificados durante este periodo de tiempo y se han suprimido los considerados innecesarios y sin interés, con un metódico trabajo de pulido y transformación.

Para estos párrafos iniciales, se recogen algunas frases de los prólogos que acompañaron a mis dos primeras obras editadas. Asimismo, se han espigado algunos juicios críticos aparecidos en publicaciones periódicas, indicando el autor del comentario y año de aparición.

José Hierro, en el ya lejano 1968, para *El sabor del sol*, mi primer libro, escribió:

Alfonso López Gradolí es de esos seres que sólo ofrecen aquello que no perturba a los demás. A fuerza de dar la razón a los otros, debe haber acabado por creer que él no la tiene nunca. No es el soberbio que recata sus sentimientos

porque cree a los demás indignos de compartírselos, ni el pudoroso que carga la indignidad sobre sí.

La poesía de un hombre tiene mucho de autorretrato y mucho de radiografía. Tiene de autorretrato aquello que coincide con lo más externo y aparente de la personalidad humana del autor. De radiografía, aquello que no sospechábamos y que, sin embargo, enriquece, explica, justifica lo que vimos en la superficie. La poesía de Alfonso López Gradolí no podía ser una excepción. Cuando se autorretrata en sus versos lo imaginamos pasando por la vida, en una playa (que tantas veces se confunden en su poesía), ante «un fondo de historias, nombres, días, azul para olvidar». Es una escena que llega al lector desvaída, vaga, como vista a través de un vidrio empañado. Machadianamente, podría decirse que es una historia confusa y una pena clara. Lo que más nos emociona es su pasividad, su resignación, su tristeza, su incapacidad de rebelarse.

Se radiografía, sobre todo, cuando habla con la propia poesía, con el poema concreto, con el blanco papel. Lo hace cuando no puede más. Lo hace con miedo, consciente de «este fracaso lento del poema». Sobre la cuartilla, deja su confidencia, lo que no se atreve a comunicar a los seres, llorando verso a verso.

Escribir con miedo y sin demasiada fe es lo mismo que escribir por insoslayable necesidad. Y quien esto hace es ya un poeta. La poesía de Alfonso es «necesaria» y «útil» para el propio poeta, lo que equivale a decir que tiene que serlo también para el lector. Es necesaria, porque él nos lo ha dicho, escribe cuando no puede más, cuando necesita entregarse a un regazo maternal en el que descansar, confesándose. Es útil, porque la claridad que necesita en su vida es po-

sible alcanzarla, por medio de la poesía. No olvidemos que si éste tiene mucho de diario en que se registran los acontecimientos espirituales, no menos tiene de hilo de Ariadna que enseña al poeta a conocerse a sí mismo. La poesía perpetúa el sonido de la vida y ayuda a desvelar su sentido.

Es ésta una poesía de recuerdo, de ver volver. El hoy y el ayer se superponen, pero sus límites son diferentes: rara vez coinciden lo recordado y lo presente. De ahí la profunda temporalidad de estos versos, su nostalgia, su acento reflexivo y doliente. La poesía de Alfonso viene a ser una meditación sobre el tiempo. No hay que dejarse engañar por los elementos visuales de su poesía; en la mayoría de los casos se trata de una metáfora para aludir a realidades interiores, difícilmente expresables. Los ojos, por tanto, tienen poco que ver aquí. Y la imagen, lo plástico, apenas tiene importancia. Como también la musicalidad de la palabra, en ese sentido de gran orquesta, pues es poesía como rezo, como confidencia en la que sobra toda estridencia de color y sonido. Pertenece, por tanto, a la línea interior, que decía Juan Ramón, esa que viene de Manrique, a través de Bécquer, de Machado, de Cernuda.

Luis Jiménez Martos:

López Gradolí combate acertadamente su propia tendencia a la uniformidad de tono y de contextura. Practica la ruptura sintáctica, prescinde de mayúsculas y signos de puntuación, lo que, por otra parte, va resultando normal en los últimos tiempos. Busca desenvolverse de forma espontánea. Resulta menos estético lo que expresa, pero más hondo y más emocionante.

El retorno a los lugares de ayer, signados por una ausencia definitiva, es lo que provoca, naturalmente, un dramático sentido. Entonces, el dolor verdadero obliga al abandono de una estética, un poco fría si se quiere, para buscar la expresión desnuda y el monólogo. Esa fortuna suele producirse a costa de desgarrón íntimo. López Gradolí hace una poesía hablada, coloquial, intercalando palabras entrañables, yendo y viniendo desde su memoria a su presente. Aunque asoma, aquí y allá, una materia ya vislumbrada en otros escritos suyos, no puede ser la misma. La situación de ahora da pie a un lenguaje de continuos giros prosaicos ,pero en el que no falta tampoco la dicción más pura. Practica la ruptura sintáctica, prescinde de mayúsculas y signos de puntuación, es un nostálgico con lenguaje coloquial (nota crítica al libro *El aire sombrío*).

Guillermo Díaz-Plaja:

LA MANERA. Lo que más me interesa de la escritura poética de Alfonso L. Gradolí es esa misma escritura. Es decir, la manera expresiva que consiste en avanzar por pespuntos, por iluminaciones, por balbuceos, de manera que produzcan en el lector el impacto de lo vital. No procede, pues, el poeta por «periodos», porque la gramática es enemiga de la emoción pura, sino a la manera entrecortada con que el chorro de la emoción se traduce en palabras, cuando la hacemos llegar desde los recuerdos. Poesía, pues, que aflora desde los hondos pozos del olvido, derramando sus aguas cangilón por cangilón sin pretender construirse en grupos compactos racionalizados, para que no pierda la sucesión transparente.

EFUSIÓN. Alfonso L. Gradolí usa, pues, de una poesía «efusiva» que va de los adentros a los contornos de los que, a la vez, recibe fuerza y diversidad manantial. De ahí que el

conducto versal sea como un hilo eléctrico fino y extremadamente sensible, del que muestran sólo las facetas que conducen la corriente interior, utilizando una retórica delgada, desnuda, libre y suficiente.

Claudio Rodríguez:

Para mi segundo libro, *Los instantes*, el poeta Claudio Rodríguez escribió:

Ya el título de este libro, tan auténtico, es revelador: se trata de lo instantáneo, o mejor, lo pasajero, de la especie humana; en este caso, de la experiencia amorosa de manera preponderante. Ya desde los primeros versos del poeta se vive y se expresa, por tanto, esa continua despedida.

Viejo tema, desde luego. Pero uno considera que, de este terreno, nace la raíz de la poesía de López Gradolí. Y aún más, existe un concierto, por decirlo así, de la actitud, casi siempre desoladora, del enfrentamiento ante los temas, tan variados (desde el paisaje mediterráneo., que sirve como fondo sensorial, implacable, fecundo en su belleza, a tanto desaliento interno, en contraste con la vida urbana) y de la palabra poética.

Si, entre otras cosas, la poesía es experiencia dicha con palabras, hay en la poesía de Alfonso una neta adecuación entre ambas. El ritmo lento, la palabra susurrada, sobria, sin metáforas relevantes, sorprendentes, la ausencia de timbres exclamativos o interrogativos, se unen, se acrisolan con una aceptación y una resignación adecuadas.

Parece como si en estos versos cada situación, cada vivencia del poeta, tuviera, de antemano, y esto es lo importante, el gusano del fracaso o, más bien, de la renuncia. Hay una desnudez de la sensación y un control de ella a través de la

cual se hace más clara el alma, la poesía, y, en conjunción, más irremediable el lenguaje, afirmándose en el fuerte tono moral de su obra.

Creo que es necesario añadir que el elemento moral, predominante en su poesía, no lleva consigo una falta de intención estética, estilística, formal, que es tan evidente en cada verso. Pero sobre todo, repito, se trata de una poesía de meditación, de comprensión del destino humano y de las cosas. De la radical precariedad y fugacidad e, incluso, de la angustia y de la belleza de nuestra vida. De ellas nace la libertad del hombre, y su cárcel. He aquí las dos zonas morales, unificadas, de la interpretación ética de nuestra existencia en la poesía de López Gradolí. Lo fugaz imperecedero.

Antonio Fernández Molina:

La poesía de Alfonso López Gradolí puede adscribirse dentro de un posromanticismo esencial, que arrancando de Bécquer pasa por Cernuda, se impregna de las aportaciones de la generación del 27 y de la vanguardia, especialmente de las técnicas del automatismo y del collage. De este modo, los motivos de carácter intemporal de su poesía poseen el carácter externo de una modernidad consciente. El poeta inspirado que hay en Gradolí es un conocedor de técnicas a las que comunica la agilidad de un popularismo cultivado, que no desdeña incorporar, con la gracia de la oportunidad, giros y modismos actuales en los medios de comunicación de masas. Sus aportaciones en este sentido son originales y de alta calidad. En la faceta de su obra abocada a la poesía visual, realizó una importante síntesis al potenciar el proceso discursivo, en parte automático, descoyuntado y sintético, con el apoyo de la imagen. En la poesía de Gradolí, el sentimiento y la inspiración sobrepasan su habilidad técnica.



Jaime Siles:

En su poesía, en el que bulle lo pasado, en el que se intenta una vana resurrección y rescate del tiempo ido, lo que más destaca es lo ceñido de su autor. Ni una palabra de más, ni una de menos; lo justo en el sentido clásico. De vez en cuando un tono melancólico más llamativo que los otros, pero todo dicho sin grandilocuencia, como si hablara a la oscuridad. El ritmo está cuidadísimo, llamando la atención el acertado uso del encabalgamiento, que da fluidez casi mágica al serpenteo de los versos.

López Gradolí incorpora a su poesía el tono elegíaco de Cernuda, pero añade un carácter muy peculiar, su mediterraneidad. Por otra parte, capta ese paso del tiempo, inadvertido casi y desde su soledad vuelve sobre su ayer, se remonta a su infancia, a su ciudad. Es sobre toda la nostalgia de las tardes, del colorido del lubricán, lo que mueve al poeta a comparar su cadáver de entonces con su hoy.

Ricardo Bellveser:

Otra cuestión sorprendente que aparece en la poesía de Alfonso López Gradolí es el equilibrio que ha sabido hallar entre la fórmula agotada de la narración y la novísima del rescate y renovación de las fórmulas clásicas. Los poemas del valenciano están excelentemente escritos.

Lo que singulariza a sus poemarios es que en cada poema se cuenta una historia, como una pequeña nota de prensa, como una reseña en la que los protagonistas son personas reconocibles, citadas por sus nombres, a los que les suceden cosas travistas por los ojos del poeta. Poesía en algunas ocasiones prosaica, aunque salvada por la experiencia y el

dominio del género, metáforas deslumbrantes que trascienden el mero oficio.

En una lectura mía de poemas, hace ya algunos años, en octubre de 1997, la presentación corrió a cargo del poeta y periodista Jesús García Calero, que, en otras cosas, dijo lo siguiente:

A medida que fui leyendo los libros de Alfonso me fui dando cuenta de su enorme capacidad de evocación. Ha expresado lo elegíaco desde ángulos verdaderamente insospechados, su memoria fue capaz de retener con todo el detalle de la embriaguez, los instantes más intensos de su vida, aquellos que le hicieron como hoy es. Y luego la memoria y su enorme capacidad poética han sido capaces de recrear esos momentos, arrancándoles de su propio dolor, de su propia vida, para hacerlos nuestros. Y de tanto mirar el mar ha comprendido su lenguaje. Si el mediterráneo comenzó siendo el lugar que vio nacer su voz, el mediterráneo ha terminado siendo el verdadero sabor de sus poemas.

Pero casi me atrevería a afirmar hoy aquí algo que intuyo: que Alfonso se ha sentido alguna vez preso de su hondura elegíaca, y me arriesgo a que no esté de acuerdo, porque nunca habló conmigo de su poética. Y este pensamiento nos lleva al libro que hoy comentamos. Creo que *Una sucesión de encuentros* es su libro más depurado, porque es el libro en el que ha logrado precisamente vencer esa prisión, digamos literaria de lo elegíaco y devolverle a los sentimientos la sorpresa de su propia aparición.

Este poemario no es otra cosa que la sucesión de instantes capturados de la vida misma a través de un depuradísimo estilo poético, donde la sencillez del lenguaje es tan natural

como un niño cuya carrera ha sabido espantar las palomas de una plaza. Bien, pues esas palomas son como los barrotes literarios, la alevosía literaria de un lenguaje que se encierra en sí mismo buscando lo poético. Alfonso ha sido capaz, en este libro como en ningún otro, de volcar el lenguaje hacia la vida, hacia el natural rumor del paisaje y de las vidas anteriores, de esa condena que nos acompaña. Pero escondiendo en el fondo de cada poema un diamante poético.

Si los hombres hemos llegado a ser proclives a esas grandiosas explicaciones para hablarnos los unos a los otros de nuestras propias palabras, de nuestra imaginación, de nuestra literatura, ahora, la voz sencilla de un gran poeta, los versos de Alfonso López Gradolí les hablarán de la maravilla imperceptible del tiempo, de sus palabras y sus instantes.

En la segunda edición de mi libro *Quizá Brigitte Bardot venga a tomar una copa esta noche*, cuya tercera se ha publicado en 2013, en la madrileña Libros del Aire, fue Francisco Umbral el que mejoró con un prólogo suyo el conjunto de poesía llamémosle narrativa y collages que los partidarios de las clasificaciones incluyeron en el apartado de «poesía visual». De esta presentación elegimos algunos párrafos.

Era cuando a la tertulia de los veteranos poetas de los años cuarenta le había salido una prolongación juvenil, aprobadora y negadora. Gerardo Diego ya no podía saber, quizá, quién era el último recién llegado, pero José García Nieto —figura intermedia— sí que lo sabía. Luego llegaron otros: Mauro Armiño, Marcos Ricardo Barnatán, Antonio Colinas, Ángel García López. El raro y rubio Alfonso López Gradolí estaba entre todo y entre todos, educado y curioso, aburrido y como atento, fumando como para que se le viese no sé qué de

oro en una mano, o poniéndose algo de oro para fumar. Era y es hermético.

Alfonso López Gradolí viene del marketing y va hacia la prosa pura pasando por los premios literarios de Madrid y provincias, y su nombre aparece de vez en cuando en las gacetas literarias, junto a un dibujo de su cabeza que no acaba de parecersele, porque él tampoco se parece a sí mismo, y hay momentos en que es como un marquesito vagamente interesado por la literatura, y momentos en que tiene la literatura, y momentos en que tiene la literatura en los ojos, en la voz, en la fiebre. He seguido con curiosidad este caso literario — como otros —, precisamente porque entre tanta y tan bien llevada indecisión me parece adivinar algo, entrever lo que él mira con sus ojos desvaídos y quizá irónicos.

De modo que nuestra amistad ha sido de esas que no se rompen ni se consolidan, sino que existen y ya está. Tenemos en común algunas tardes, algunas metáforas, algunos amigos y Brigitte Bardot. Alfonso López Gradolí es curiosa, delicada y enigmática figura del mundo literario de ahora mismo, pero uno, acostumbrado a vigilar estas cosas hacia el pasado y hacia el futuro, sabe que estas sombras rubias nos pegan un día el susto gozoso de ser más que sombras, de estar vivas y hacer bellos libros.

Entre sus concursos y sus empleos, yo veo en Gradolí un escritor que se acendra, que llega a muy puros guijarros de escritura y sobre todo, que lleva la pasión literaria como una pasión secreta, escondida, domeñada e indomable.

Educado, es cada día más educado.

Transcribo, de una entrevista en la revista *El Ciervo* (junio 1998), unos párrafos que considero vigentes.

*¿Cuándo, cómo y por qué escribe poesía?*

He escrito en versos desde niño. Eran muy malos, influidos por el cascabeleo peligrosísimo de los romances lorquianos; por lo peor, claro, del grandísimo poeta. Aún con pantalón corto, enseñé alguno de aquellos bodrios a un joven estudiante de Derecho, reconocido en elitistas círculos universitarios por sus buenos poemas: Francisco Brines, que escuchó paciente lo que yo esbozaba y tuvo los primeros consejos beneficiosos para mí, alguien que quería iniciarse en la escritura. Me prestaba libros de poesía, y novelas acreditadas por la crítica. Brines estudiaba fuera de Valencia, y durante los periodos de vacaciones (Navidad, Pascua y los meses de verano), le devolvía los libros que había leído y Paco me dejaba otros. También aprovechaba para pedir su consejo sobre mis obrillas, que ni siquiera enseñaba a mis amigos. Sólo tenía una lectora apasionada: mi madre.

Ahora escribo poesía no regularmente; paso meses enteros (incluso varios años, por motivos personales, sentimentales o de trabajo) sin escribir una línea ¿Por qué la escribo? Leo una noticia, conozco unas ciudades o nuevos paisajes, estoy de viaje, o conozco la vida de alguien con datos biográficos sobresalientes, y estas sensaciones dan origen a unas líneas que, en algún caso, son los primeros versos del texto que puede surgir. Lo cierto es que escribo con entusiasmo, con absoluta necesidad de hacerlo; corrijo y suelo modificar mucho las piezas a medio hacer. En opinión de algún colega, la redacción final del poema no ha mejorado respecto de la primera. Escribir es practicar el oficio del fuego, con palabras de Vicente Gaos, al contemplar lo que me rodea y al sentirme de asombro con esa contemplación.

*¿Cómo ve la relación entre la obra y usted?*

Intento escribir con toda la responsabilidad que soy capaz de acumular y con todo el oficio que he intentado aprender, pero me cuesta. No creo en la inspiración. La aparición de una señal o de una llamada previas al acto material de sentarse ante la hoja blanca podría ser entrar en un estado emocional que, ayudado por una cierta sensibilidad y buen dosis de arte, conduce a la terminación de la pieza.

*¿Qué piensa usted de la métrica, de la rima? ¿Y del verso libre?*

Tengo admiración y respeto infinito por la métrica, por la poesía rimada. Pero mis facultades o mi pericia para hacer un soneto, por ejemplo, y que no chirrié, son escasas. Mi modesta producción contiene solamente versos sin consonancia, sin asonancia.

Para mí, escribir es fijar la memoria entre unos márgenes de música. Siento que estoy ordenando unas vivencias difuminadas y borrosas, y me llega una sensación de júbilo que va creciendo a medida que avanzo en la escritura. Es como poner en pie un conjunto de piezas de madera, esas juegos de construcción con los que juegan los niños. Todo poema pienso que celebra y es una elegía de algo que hemos perdido. Cuando escribo recuerdo los lugares que rodearon mi vida durante años, las horas que me dieron eso tan amplio que llamamos experiencia, todo lo que está hecho memoria y llega con un sonido levísimo. Entrar en el recinto del poema es volver a conocer la realidad, y convertir esa vida en palabras, debido a un misterioso empuje, a una brisa que parece débil pero que termina siendo dominadora.

FRÁGIL E  
INCIERTO OFICIO





## SOBREMESA

En las sobremesas  
mi madre hablaba de la guerra  
el sol entraba por el ventanal  
brillaba en las tazas de café

la guerra duró decenios

## VERDES

Marta Cárdenas entra en el bosque  
y deja que el paisaje le impregne  
así podrá atraparlo y al final  
el cuadro se pintará sin dificultades  
árboles reflejos en el agua   nubes

## PASEANTES

Aunque sus profecías se basaban en la Biblia  
Charles Taze Rusell nunca fue ordenado sacerdote  
pero sus premoniciones anunciaron el fin del mundo  
con amenazas terror apocalíptico y fechas prefijadas  
era un personaje escéptico con afán de riqueza  
el organizador de una productiva industria  
con sus estudios de las Sagradas Escrituras  
nacido en Pittsburgh a mediados del pasado siglo  
dijo que buscaba la verdad e hizo una para él  
y a todo el que quisiera aceptar una respuesta  
dorada por considerables beneficios futuros  
unas contestaciones a los humanos deseos de salvarse  
de la condenación y las tinieblas cenagosas  
creó un imperio de treinta y tantas lenguas  
y fervorosos seguidores que se llaman  
Testigos de Jehová y aportan entusiasmo  
dinero tiempo en nuestros pueblos y ciudades  
caminan en búsqueda de oyentes y sin prisa  
por parejas llevan guardados sus sagrados temas  
en carteras oscuras que se balancean  
al paso tranquilo y despacioso de sus adeptos

## AHORA YA PODRÍA PAGAR ESE TAZÓN

Ahora ya podría pagar ese tazón  
de leche que se conservaba caliente  
tapado con un plato el regalo  
de la señora que me alquilaba el cuarto  
con pagos semanales «confort estudiantes  
empleados» yo bebía despacio  
al volver de noche y algunas ocasiones  
la dueña de la casa añadía unas galletas  
adivinaba que yo no había cenado  
olvidé el nombre de aquella mujer compasiva

## LA PLAYA

en la cala con sol entredormido  
unos descansadores ocres  
el estremecimiento azul largo del horizonte  
azar de espuma contra las rocas  
palacio del verano      el estruendo  
esplendoroso del mediodía  
el sol quebrado y duradero  
crea columnas con fortalecimiento

y el rumor abrasado del mar

## UNA MAÑANA CON NEBLINA

Es la mañana de un invierno  
frío y la humedad de la ciudad costera  
hace toser al muchacho, que aprieta  
sobre su boca un pañuelo.  
Bajo el brazo, una carpeta grande  
en la que lleva sus diseños, los bocetos  
de paisajes, unas figuras coloreadas.  
Manuel Gago se llama el pálido  
joven desnutrido, que levanta  
sus ojos y comprueba el número  
del portal, en la calle que recorre, nervioso;  
contrasta esa cifra con la anotada  
en la carta que le enviaron a Albacete,  
donde vive. Las direcciones coinciden.  
Sube, es el momento de la cita. Una hora  
después, la visita será considerada  
provechosa por él y está contento:  
la editorial le ha hecho un encargo.  
Su familia tiene agobios económicos;  
hijo de militar encarcelado, es el año  
mil novecientos cuarenta, una guerra  
había terminado. El dinero escaso  
que pagarán por sus dibujos  
será bien recibido, apenas  
suficiente, podrá calmar el hambre.  
Y el artista de piel blanca, enfermiza,

imagina historias de un guerrero,  
Adolfo de Moncada, caballero de los Reyes  
Católicos, que poseerá músculos desarrollados  
para manejar su gran espada con soltura  
y pericia, bíceps, pectorales y muslos de atleta.  
Tendrá la fuerza de un gigante.  
El noble que jamás será vencido.  
A este coloso con antifaz lo hace hijo  
del conde de Roca: el personaje nace  
al leer la novela «los cien caballeros  
de Isabel», de un autor del *género rosa*,  
especialista en amorosos e históricos temas.  
Y el castellano Gago se quedó en Valencia  
a vivir con humildad, quizá pobreza,  
los treinta y tantos años que siguieron  
al primer día de vida de un luchador enmascarado.  
Allí curó el dibujante su tisis incipiente.